

CARAS y CURETAS



AÑO III
Nº 153
Febrero 28 de 1897
PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva-
 lente, con el aumento del franco.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
 • REPUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

GRABADOS—«Carnavaladas», «También yo...», «Aunque sea malo decirlo», por Wimplaine II, y varios intercalados y caricaturas, por Aurelio Giménez Pastor.

TEXTO—«Zig-Zag» (de la semana), por Gonzaga Bompard.—«Ráfagas», por R. C.—«Ave», por Arturo Giménez Pastor.—«Teatros», por Re-Bemol.—«Lamentación», por L. López.—«Correspondencia de Carnaval», por A. E.—«Epitafio», por Emilio Mora.—«Para ellas», por Miriam.—«Menudencias», por Kiel.—«Las alas ocultas», por Alfonso Pérez Nieva.—«Crepúsculos», por Juan Menéndez Pidal.—«El reloj del amor», por Alejandro Larrubiera.—«La promesa», por José Estremera.

ZIG ZAG



De la semana

La semana que expira (Dios la tenga en su gloria), ha sido de acontecimientos sensacionales.

Primero, el *meeting* individual en honor del digno don Tomás, y luego el *cierre* de casi todo Montevideo, como adhesión a las ideas planteadas por la Comisión del Partido Colorado.

La manifestación ha sido imponente. El bueno y honorable anciano ha visto desfilar ante sus ojos lo más distinguido é importante de nuestra sociedad, hasta don Juan, hasta nuestro eximio don Juan, estampado en las cajas de fósforos que los manifestantes sacaban á cada instante para encender su antorcha sacrosanta: la del *misto*.

Al ver aquel desfile continuo de ciudadanos por ante la casa de don Tomás, la admiración y el asombro cundían.

—¡Hombre, hombre!—exclamaban algunos.—Yo no me imaginaba que hubiera tanta gente en Montevideo.

—Es que está muy poblada la ciudad.

—No, la ciudad está desierta.

—Pero esto es una poblada.

—¡Oh! Cuestión de términos.

—Eso sí que no, amigo mío, porque esto no *termina* nunca. ¿A que no le vé usted la cola?

—Ni la cabeza.

—Claro, porque la manifestación está *tomando cuerpo* ahora.

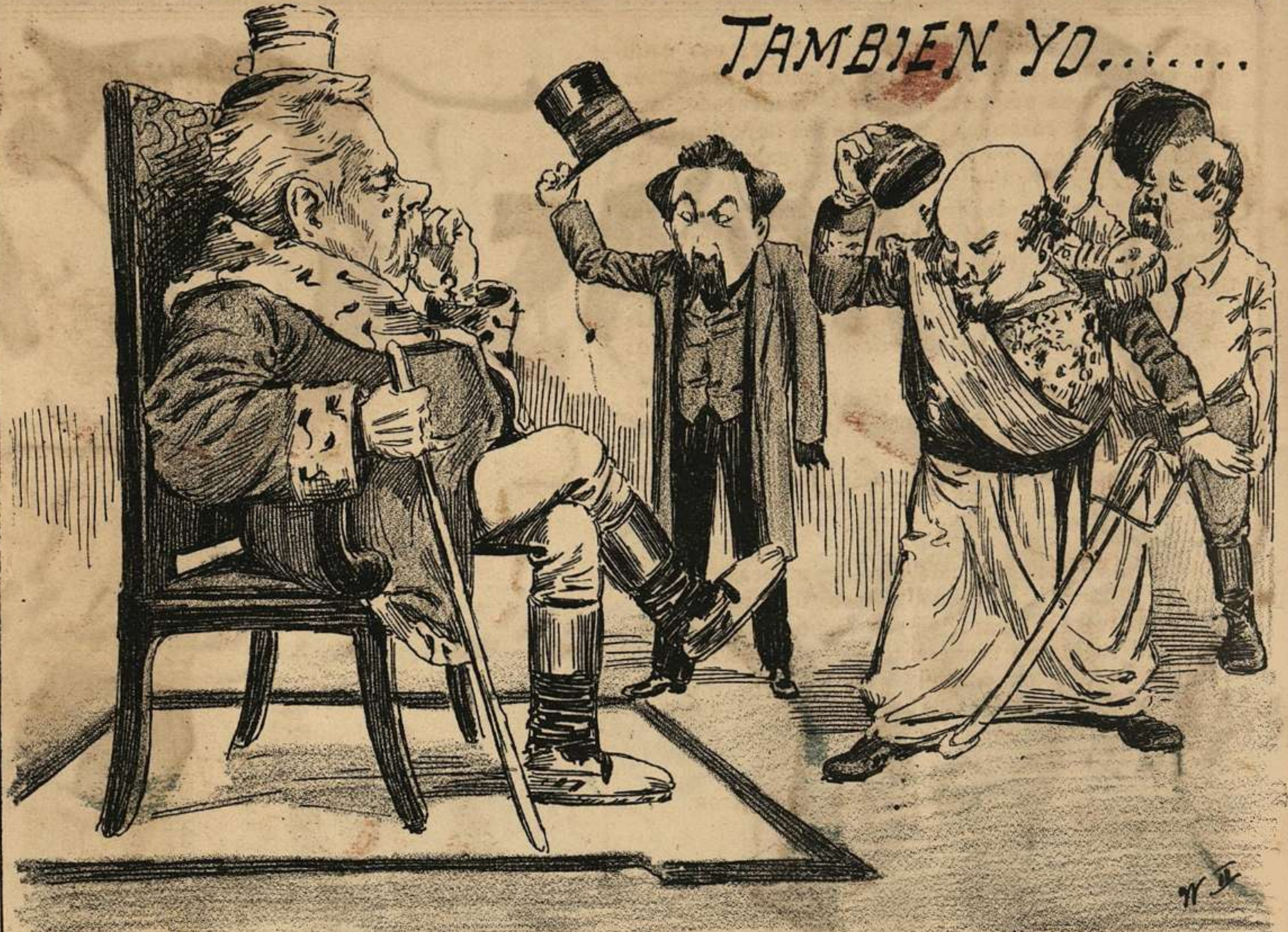
—Verdad. ¡Es asombroso! No se ve los extremos. Mire usted.

—Naturalmente, porque los extremos se tocan, y si así sigue esto va á quedar convertido en un círculo. Los radios serán los tranvías, los...

—Y el gobierno las *secantes*.

—¿Por qué?

—Porque trata de *dividir* este círculo, y



Arman tanta gritería
Porque á Gomensoro van
En montón uno por uno
Simplemente á saludar.

Pues si es por eso caramba
También de ello puedo hablar
Como que siempre estos cuatro
Me saludan al entrar.

además por aquello de la *absorción* por ventosa.

—En hablando del rey de Roma... No bien ha dicho usted ventosa, y empieza á levantarse viento. ¡Maldita Rosa!

—¿Su mujer le engaña?

—No, señor; con delirio me ama. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque maldecía á una Rosa.

—Sí, pero á la *de los vientos*.

—¡Ah!...

Esta interjección de sorpresa es muy frecuente aquí, por todo género de razones.

Hay quien la exhala porque ve caminar á la gente sin cuidarse de los callos; quien porque ve quitarse los sombreros con las manos; quien porque los hombres se miran y respiran.

Don Tomás, en tanto, saluda afectuosamente á los que se descubren ante él.

Lo que hace sugerir á uno:

—V a usted, mi amigo. Si don Tomás hubiera sido Juez ó Jefe de Policía en Buenos Aires cuando el *asunto* de Farbós, muy fácil hubiera sido el descubrimiento de la cabeza.

—No entiendo.

—¿Pero no vé usted que todas las cabezas se *descubren* espontáneamente ante él?

—Es verdad, y con su raya correspondiente.

—Lo cual apoya, mi amigo, su pericia en los cargos que le he designado *a priori* en Buenos Aires. Los tendría á todos á *raya*, si fuese menester.

—¡Ah, sí! Pero don Tomás es bueno, muy bueno.

—Mejor, así estaría á *las malas* también.

—Pero usted lo coloca en todo terreno.

—Como ha ganado tanto, que tiene todo el *campo* por suyo.

—Verdaderamente, la personalidad de don Tomás no admite discusión: es grande y luminosa.

—Eso es: brilla en su grandeza.

A pesar de lo cual, oí quien trataba de amenguarla, diciendo que el Gobierno se había portado mejor que él.

—¿Ves tú lo que hace don Tomás? Pues bueno; eso no me gusta... no debiera haberlo.

—¿Qué hace, hombre?

—Lo que hace... Tú lo ves: toma la mano á todo el mundo, y la policía no interviene.

—¡Hombre! ¿Y por qué habría de intervenir?

—¡Me gusta, me gusta!... Tomar infinidad de manos, como lo hace él, ¿no implica, acaso, un gran *desmán*?

GONZAGA BOMPARD.

Ráfagas

Ya tienes el pelo blanco,
hermosa del alma mía,
y el que me diste de novio
está negro todavía.

**

Aunque sé cuanto me quieres
como eres bizca de un ojo,
siempre que me miras, creo
que estás requebrando á otro.

**

Por el mismo caminito
que traías hace un rato
he pasado yo en seguida
y he visto huellas de ganso.

**

Es tan grande el atractivo
que ejercen en mí tus labios,
que me parten por el eje
cuando pronuncian *trempano*.

R. C.

AVE!

Avanti, Pierrot loco! Ya veo tu cara blanca, blanca como luna nevada, haciendo su mueca traviesa bajo los arcos en que ríen juguetones los colores que alegran el alma, desgranándose entre chispas candentes ante el áureo entusiasmo del Dios Sol.

Ya escucho la marcha triunfal de cascabeles en el día de Febrero; ya flamea en los aires la gran carcajada de los colores en los gallardetes ondulados que elevan al cielo su punta como lenguas ansiosas gritando alegrías.

Deseo tu pirueta de pillete y la mueca de loco, porque quiero contengo y gritería, acordes ahogados por el crujir caluroso de las sedas calientes á pechos candentes sobre corpiños desteñidos por la carne joven, guedejas rubias que la agitación desefica atrevida sobre cuellos niveos, gente en las calles, murmullo genial que hierva en la muchedumbre alegre, y risas de luz y colores de júbilo en el cielo, y risas de frescor y colores de contento en el aire, y risas de deseo en los hoyuelos retozones y colores de fuego en las mejillas suaves de las mujeres hermosas.

Avanti, Pierrot loco!

**

Bienvenido, oso manso, oso amigo, de todos lo

años; baila tu estúpida danza en la calle, esa calle que cuando niños mirábamos en camisilla á través de los cristales empañados por la madrugada, que nos oprimía el corazón con sus nubes importunas.

Adios, duques de capilla de pana galoneada, de birrete arrugado y medias blancas, que dais el brazo á las marineras de antifaz de terciopelo y pelo suelto; sigue la marcha entusiasta de las guitarras y los acordeones, taconeada con ganas por toda la ciudad.

Divertirse, turco de la vejiga, que desparramas los muchachos sobre el empedrado como garbanzos nuevos.

Adelante, máscara de la sábana que aturdes los oídos con el falsete rabioso de tus bromas callejeras.

Bienvenidos todos, amigos de la infancia.

Avanti, Pierrot loco! Mézclense muecas, gestos, colores y carcajadas, ruido, estrépito, locura.

Acerca tu cara blanca, blanca como luna nevada, haciendo su mueca traviesa bajo los arcos en que ríen juguetones los colores que alegran el alma, desgarrándose entre chispas candentes ante el aureo entusiasmo del Dios Sol.

Carnaval, pasa!

ARTURO GIMENEZ PASTOR.



Estamos en blanco.

La compañía de Juárez, que actuaba en Cibils, ha suspendido sus funciones mientras dure el Carnaval, pues las máscaras, por tradición histórica, tienen el derecho de representar comedias en plena calle.

No hay oso que no crea causar sensación, sudando estopa é ignominia, mientras baila pazguatamente una polka sencilla y exquisita.

Los marqueses... hay marqués que lleva alpargatas y hasta nariz dorada, mientras reserva un cigarro apagado detrás de la oreja y mata de curiosidad á sus amigos, diciéndoles con voz de cotorra enferma: «Recuerdos á tu mamita».

En suma, máscaras y hombres inofensivos que se derretirán viendo las tonterías de los encaretados, no se necesitan ver comedias representadas por otros.

Tiene teatro propio sin estudios.

RE-BEMOL.

Lamentación

Todo el Carnaval pasado bailó Juan con Inocencia, y hoy, que con ella ha tronado, suele exclamar con frecuencia: —¡Que me quiten lo bailado!

L. LÓPEZ.

AUNQUE SEA MALO DECIRLO



—En confianza, la verdad es que todú el mundo cerró sus puertas el día de la manifestación. ¡E algunos dicen que no! Pues hasta el Teatru Solis lu vi yo cerradu y con seis meses de anticipación por si acaso.

Correspondencia de Carnaval

En cuanto se oyó hablar de Carnaval todo el mundo se dispuso á echar una cana al aire. También qué hacer después de dos meses de continuos amagos de revueltas y motines; era preciso divertirse un poco, y más de uno de esos que no se conforman con las serpentinas se disponían á sacar sus pomos y jeringas que aún reservaban de los carnavales anteriores; pero en cuanto leyeron el edicto policial comprendieron que no podían pensar en más pomos que en los de las espadas y en más jeringas que en la eterna jeringa en que nos tiene S. E., pero no, no llegaba hasta tanto la crueldad del Jefe Político: el disfraz se permite, y se permite libremente, y de aquí que nuestros colaboradores se nos presenten hasta con sus nombres disfrazados, lo cual dió motivo á que uno de los cajistas me dijera:

—Pero ha visto usted que todo el mundo no piensa más que en disfrazarse; y con qué política se ha portado el señor Sánchez con los amigos del disfraz; tan siquiera podrá uno vestirse de oso bailarín y divertirse los tres días.

—Pues no me esrañaría—agregó otro—de que se haya mostrado con tanta política.

—¡Por qué?

—Hombre, por algo se llama Jefe Político.

He aquí la correspondencia recibida, la que he contestado sin alusiones personales.

Julio Herrera—Montevideo.—Su artículo sobre el cariño de dos gatos es regular y se publicará en el próximo número; pero para serle franco le diré que no estoy conforme con sus observaciones gatunas: eso de que el cariño de un gato hacia su padre llegue hasta el punto de abandonar un pedazo de turrón para que éste se lo coma, es algo que no se verá muy á menudo. Sí señor, hay que desconfiar de los felinos. Fijese usted en el gran gato que dieron á luz después de veintiún días de prolijos trabajos; fijese que largas tiene las uñas y qué arañazos le da al padre cuando este quiere sacarle algún pedazo del turrón.

Eugenio Garzón—Su teoría es inmoralmemente erótica: eso de que un hombre pueda amar á cuatro mujeres á la vez porque el corazón tiene cuatro cavidades, es algo más que un colmo.

General Muniz—Cerro Largo—Sus quintillas parecen más bien prosa que verso. Está Vd. traicionando á la musa la que tantas veces ha extendido sus blancas alas sobre su ardiente inspiración.

Acevedo Díaz—Buenos Aires—Sabe Vd. que en sus versos hay algo más que metro libre. No crea que aquello de:

«Y mi voz más robusta

Al número del metro no se ajusta,»

quiere decir que se puedan hacer revoluciones en la poesía.

Angel Brian—Montevideo—Recibí su proyecto sobre bonos de la Municipalidad. Le declaro que su trabajo es bueno y que le dará á Vd. bastantes pesos de honorarios, por el proyecto se comprende; pero ¿cómo quiere Vd. que publiquemos ese trabajo en un periódico literario festivo? Y además, ¿por qué no se dedica Vd. á otra clase de artículos?... Mire que es cosa fuerte que un hombre que se llama Angel, se ocupe en hacer negocios municipales.

A. E.

Epitafio

Yace aquí don Juan Martí, un perdido, un calavera. (¡Bah! Por mucho que lo fuera, más calavera es aquí.)

EMILIO MORA.

CARNIA LADAS



Uno que el rostro no esconde
pues el año entero pasa
dentro y fuera de su casa
disfrazado así de Conde.

«... no deben consumirse energías en
arrebatar la sartén que otros tienen
legalmente asida por el mango, para
presentarnos una tortilla que no ha-
bria Cristo que la comiese por lo indi-
gesta.»



Traje tres ocho pour aquellos
que gastan modales bellos.



A todos voy á volver
locos con esta careta;
con ella ¡broma completa!
Nadie me va á conocer...



Gran disfraz de denodado,
por quién saben alquilado.

Con el párrafo, aunque aterre,
perpetuar quiero en mi tierra
la fama de este Justo Erra,
que debiera ser Justo erra.

El que con su
por su alta
brilla,
al que importa
al Cuerpo Le...

El que á la multitud loca
deja cuando se destapa,
pues ni el Santo Cristo escapa
cuando él llega á abrir la boca.

W. W. W.



¡Bien por nuestro don Juan! Y habrá aún gente que se atreva á llamarlo mal gobernante, cuando la verdad es que no sabe que hacerse para darle gusto á su pueblo. ¿Quieren ustedes más paternal bondad que la que demuestra hoy permitiendo á todos el disfraz, fomentando de ese modo la alegría de sus súbditos? ¡Oh delicia! Ponerse una careta de carton, vestirse de turco, y armado de una vejiga atada á un palo, lanzarse á la calle y á cada tipo que uno encuentre á su paso, atontarlo á vejigazos saludandolo con aquella frase tradicional: Te conozco, mascarita. Que diversión más acertada para un pueblo libre, civilizado é inteligente! Y ese esfuerzo por perpetuar la tradición se lo debemos á nuestro bondadoso gobernante. «Diviertanse, hijos míos, que yo también me divierto», dirá él.

Y á propósito; no se disfrazará don Juan? No querrá dar á su pueblo ese placer de verlo dar realce á algún traje de carácter con su simpático físico? Y si á esto condescendiera, ¿de que se disfrazaría? que tipo personificaría? Si me atreviera... pero no. El respeto me obliga á callar. Lo que sí, me atrevo á pedir que, sea cual fuera el disfraz, deje en la careta un agujerito para que todos podamos admirar la verrugita, aquel *grain de beauté*, como diría *Monsieur*, que tanta gracia le hace al augusto semblante.

Pero es pedir demasiado. Don Juan se divierte sin necesidad de disfraz, y puede decir con toda veracidad dirigiéndose á los cándidos uruguayos: «te conozco, mascarita». Porque nos conoce, no hay duda; nos ha tomado el alto y el derecho: sabe lo que se nos puede hacer tragar y lo que podemos cargar; y gracias á ese profundo conocimiento de nuestra fuerza de aguante nos maneja como ustedes vén.

Nosotros sí que no lo conocemos, ó más bien dicho ne lo conocíamos hasta ahora, por que si lo hubiéramos conocido..... Vaya, que estoy como el Irlandés del cuento, quien, preguntado por un antiguo amigo con quien estaba enemistado, si le negaba el saludo porque ya no lo conocía, le contestó: «¿Si no lo conozco?» No, no lo conozco. Y si cuando lo conocí lo hubiera conocido como lo conozco ahora que no lo conozco, nunca lo hubiera conocido.

Y ya que hablamos de cosas tristes echemos un parralito sobre la cándida revolución, quiero decir naturalmente la revolución blanca. El blanco no es acaso el color de la candidez? Como también lo es de la anemia, Y estoy por creer que esta tan desencantada revolución padece de ambas cosas, con sus incertidumbres y aplazamientos, y anuncios oficiales de que pasa, y luego de que no pasa, y que si no es hoy será mañana, y hoy como ayer, y mañana como hoy, y siempre igual... Francamente, es lamentable. Y mientras tanto, entre esos hijos inmaculados y los otros hijos maculados, la patria esconde el rostro avergonzado en los pliegues

de su manto, (admitiendo que aún lo tenga sin empuñar) murmurando:

«Ettu, brute... (esto es latín; y téngase presente que bruto en latín no quiere decir necesariamente animal. No es más que un vulgar nombre de pila, como Juan José, Federico ó Miguel.)

¿Será posible que el Club Uruguay despierte de su prolongado letargo y por fin abra sus puertas para festejar con un baile la próspera situación de este feliz pedacito de América? Ya era tiempo.

Hace años el Club Uruguay daba siempre tres bailes en Carnaval, bailes que gozábamos con seis meses de anticipación y cuyo recuerdo nos duraba los otros seis meses del año. Allí se reunía la aristocracia, *la haute, la crème*, ó como quieran ustedes llamarla buena sociedad. Y se bailaba, se reía, se gozaba; y los mozos de aquel entonces eran galantes, y finos y atentos. No rehuían la sociedad de las mujeres cultas como lo hacen hoy; no se encastillaban en su egoísmo. Se tomaban el trabajo de ser amables, y lo eran.

Pero hace tiempo que el Club Uruguay es esencialmente masculino: allí se reúnen ellos solos, para fumar, beber y jugar; no diré charlar, porque ese arte delicado y amable se ha perdido por completo. Para charlar con *esprit* y con gracia el hombre debe

tener un auditorio en parte femenino, ante quien tenga interés en lucirse; debe tener delante unos ojos que desee hacer brillar, una sonrisa que obtener, un triunfo que alcanzar.

¡Qué amenas charlas, qué derroche de *esprit* en aquellos bailes, que son uno de mis más gratos recuerdos! Y con qué gracia las muchachas tomaban parte en el ingenioso torneo, en que los hombres lucían su galantería y su fineza, y ellas su amable alegría y esa facultad especial de la réplica, oportuna y pronta, que caracteriza á la mujer oriental.

Las felicito, queridas amigas, por el fausto acontecimiento. Prepararse, y ponerse muy currutacas, que los salones del Club lo merecen, esos espléndidos salones cuyos enormes espejos han reflejado durante años solo caras masculinas.

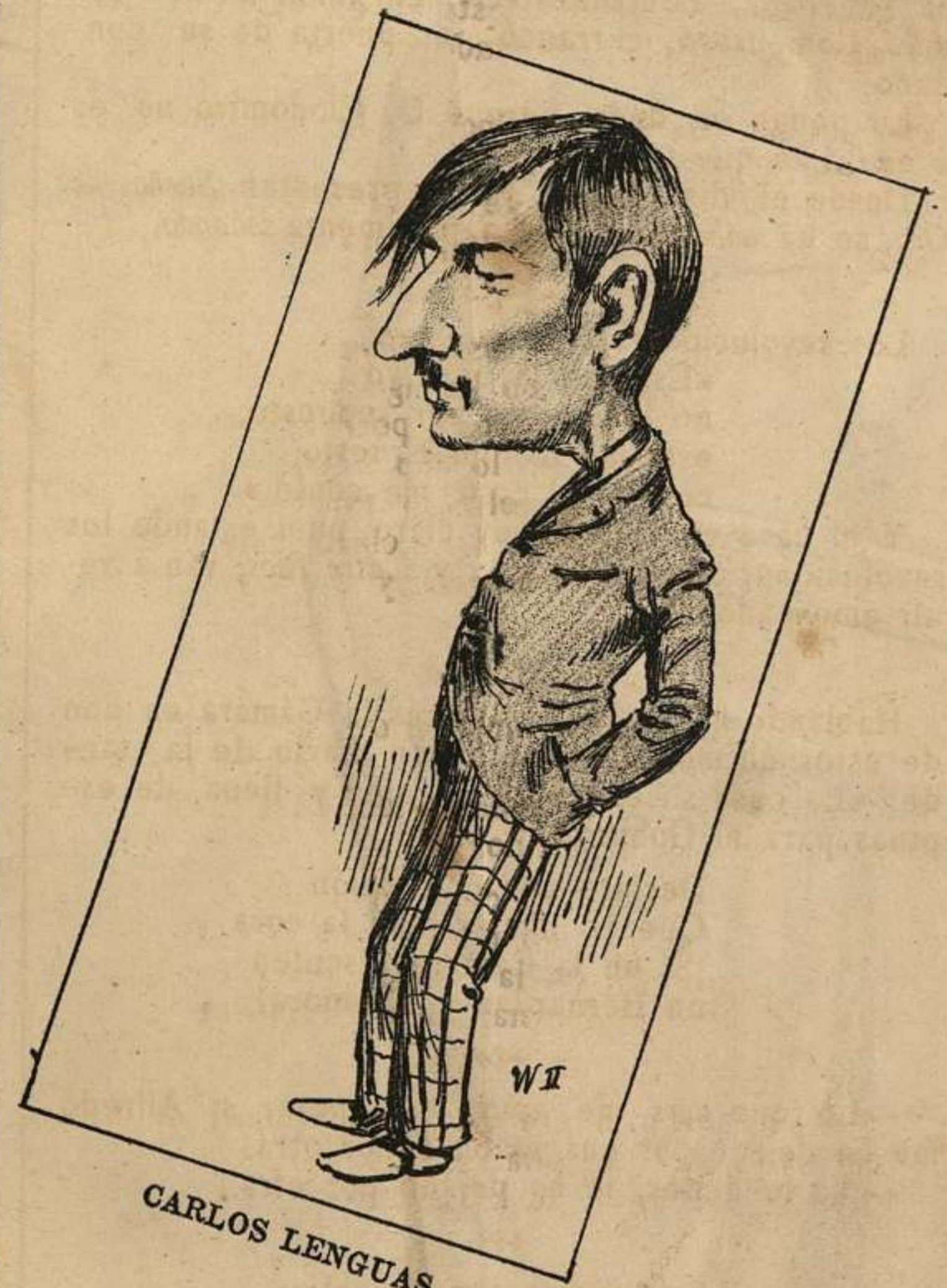
¡Y qué caras! Porque seame permitido decirlo muy bajito y al oído: Los mozos de esta presente generación, serán muy simpáticos, pero... ¡qué feos! Por uno reglarcito habrá por los menos veinte feos, pero feos con entusiasmo, con energía y convicción. No sé como han tenido valor de aguantar esos espejos del Club, echándoles diariamente al rostro, sin compasión, la imagen de su fealdad irreparable.

Y aquí me escapo. No vaya alguno de los aludidos á sulfurarse y hacerme pasar un mal rato.

MIRIAM.



ARTURO GIMÉNEZ PASTOR



CARLOS LENGUAS



AURELIO GIMÉNEZ



AUGUSTO ESPINOSA

NOTA.—La Redacción de CARAS Y CARETAS, cuya belleza es innegable, protesta en nombre de la juventud hermosa de las aseveraciones de Miriam, presentando, para mejor prueba, la efigie de sus gentiles personas.

Menudencias

POR KIEL

El señor Vidiella, cuando no renuncia concilia, y aunque estas dos cosas para él se concilian perfectamente, en la práctica los efectos son desastrosos.

La conciliación rdbano-constitucionalista (por razón de los tres partidos existentes), fracasó, como fracasó el Patronato y el tomo de poesías que tenía en preparación EL SEÑOR.

También las cosas no podían suceder de otro modo.

Si dirigida por Santos la conciliación pasada fracasó, ¿como se impondría dirigida por un Juan?

—¿Ha visto usted el duelo de Teófilo E. Diaz y Andrés Llovet?

—¿Se les ha muerto algún pariente?

—No, se agarraron á sablazos.

—Entonces los compadezco: se habrán quedado con los bolsillos vacíos.

Dice *La Tribuna Popular* que don Clodomiro se ha adherido á la manifestación en honor de don Tomás Gomensoro, cerrando la puerta de su congado.

Lo pongo en duda, porque D. Clodomiro no es á eso á lo que se *adhiera*.

Desde el día en que vió representar *Sueños de Oro*, se ha adherido á éste, naturalmente *soñando*.

Los revolucionarios están frescos.

«Esto no lo digo yo no lo pienso, por supuesto, esto me lo dijo Ernesto cuando el caso me contó.»

Y el caso es claro, muy claro, pues estando los revolucionarios en *Corrientes* y *Entre Rios*, ván á venir empapados.

Hablando de las reuniones de la Cámara en uno de estos últimos días, decía un diario de la tarde: «La cosa se encuentra torcida y llena de espinas para el Gobierno.»

Declaro con convicción que no me extraña la cosa ¡Si en la Cámara discuten un Bernardez y Espinosa!

—Lo que más me apura es ignorar si Alfredo me ha dejado por una razón ó por otra.

—No lo dudes, te ha dejado por otra.

—Es mi suerte tan variable que no prospero, Conrado. Si así siguen mis negocios me interpondrán un embargo. —Si te es inconstante la suerte, culpa es tuya. ¡Pues es claro! Vender títulos no es nada, pero tu vendes *con-dados*.

En un examen de gramática:

—¿Quiere usted decirme un sinónimo de mar?

—*Martín pescador*.

Las alas ocultas

I

Te aseguro que esta vez va de veras; hemos reñido definitivamente.

—¡Vaya, siempre será una de tantas nubes de verano!

—No; somos incompatibles. Él no ha nacido para esclavo, y yo he nacido para reina. Concretamente no podré decirte la causa de nuestra regañina. ¡Cualquier cosa! Que no le quise dar una rosa que llevaba en el pecho, y que él se vengó bailando con la baronesita, mi enemiga mortal. Conque, ya sabes, si te gusta Excequiél, que se halla vacante...

—¿Qué cosas tienes, Laura! Si no me constara tu cariño, pensaría que te burlas. ¡Yo soy una pobre jorobada, una criatura deforme condenada al aislamiento! ¡Dios mío, dame fuerzas para esconder mi secreto en lo más hondo de mi alma!

—Exageras, Luisa. Tu modestia te hace verte

por un prisma falso. No es discreto hablar de ello, pero tu imperfección física no llega, según á ti se te antoja, hasta la monstruosidad.

—Te agradezco tu solicitud, Laura, y tu delicadeza, pero no me ciega la vanidad ni me forjó ilusiones. ¡Mi mala suerte me ha privado de la parte de dicha que me corresponde, y me resigno!

—¡Feliz tú, que posees semejante mansedumbre!

II

—¡Estoy arruinado, Luisa, arruinado! ¡Y si fuera yo solo! Pero operaba con capitales ajenos unidos al mío, y al hundirme yo he arrastrado á los demás en mi ruina.

—¡Es horrible lo que usted me dice, Excequiél! ¿Y cuál ha sido la causa de la catástrofe?

—Una baja repentina de esas que no pueden prevverse; un verdadero desastre, que ha sepultado en la miseria á multitud de familias.

—¡Ah, la Bolsa! ¡Yo no sé cómo hay de entre ustedes quien la pise siquiera!

—Es el pedestal de la vida moderna, Luisa. No se puede prescindir de ella. Y si bien tiene sus tempestades, tiene también sus bonanzas. Unas veces acarrea las desgracias, pero otras labra la dicha.

—¡Desengáñese usted! ¡Siempre es una dicha amasada con llanto!

—¿Quizás tiene usted razón, Luisa, pero ya es tarde para retroceder!

—¿Y no encuentra usted remedio para el mal?

—¡Ninguno! El cañón de un revólver.

—¿Me cree usted su amigo, Excequiél?

—Me creo que es usted una de las personas que me profesan más estimación.

—Pues entonces me voy á tomar la libertad de hablarle con franqueza. ¡Esa solución de usted es una cobardía! ¿Le parece la palabra demasiado fuerte?

—¡Sus labios de usted no pueden ofender nunca!

—¿Qué adelantaría usted con matarse? Añadir el crimen á una contrariedad de que no es usted responsable. Acepte usted la pobreza á que le condena la desgracia; trabaje usted; demuestre á los que le confiaron sus caudales que era usted digno de su confianza. La adversidad soportada con paciencia ennoblece; y no digo redime, porque sobre usted no ha caído una mancha. Quitándose usted la vida, da, por el contrario, motivo á las sospechas.

—¡Luisa, Dios le pague á usted su obra! ¡Es usted una santa! ¡Con sus razones me ha devuelto usted el valor y la serenidad! ¡Es cierto! ¡Es una cobardía no luchar!

—(¡Si supiera este hombre lo que yo escondo en mi corazón! ¡Dios mío! ¡A cada momento temo que me vendan la voz ó los ojos!)

III

—Casi todas hemos bajado á despedirlos á la estación por curiosidad. Un matrimonio tan cómico no vuelve á presentarse.

—¿Y qué?

—Pues nada, chica; que es incomprendible lo que le ha ocurrido á ese hombre. ¡Chifladísimo por su mujer! ¡Qué de mimos! ¡Qué de cuidados! ¡Qué de desvelos! Apenas nos ha atendido á ninguno. ¡Hasta la ridiculez, hijal... Su memez ha llegado al extremo de llamarla su ángel delante de todos. ¡Ángel á una jorobada!... ¡Ji, ji, ji!...

—No veo el motivo de tu risa, Enriqueta. ¿De dónde sacas tú que Luisa es jorobada? No, amiga mía, no: es realmente un ángel. ¡Ese bulto de la espalda son las dos alas, que lleva guardadas y recogidas!

—¡Ja, ja, ja!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Crepúsculos

I

Mañana temprano La niña se casa. Su madre la llora, Que siente dejarla: Por no darle penas Oculta sus lágrimas...

Las dos están solas En aquella estancia, Que un velón alumbraba Con luz muy escasa.

¡Visperas de boda, Quién duerme con calma! Por eso la niña, Que está desvelada, Sobre dos arcones Previene las galas: El zapato nuevo,

Las medias caladas, Las ligas de seda, Camisa de Holanda, Faldas con encajes, Y vueluda saya; Jubón floreado, Pañuelo de grana, Corales y anillos, Cintas y arracadas...

Lloraba la madre; La niña cantaba.

Una mariposa, Batiendo las alas, En torno volteaba De la luz menguada. Al verla, quedose La niña muy pálida; Frunció el entrecejo La misera anciana; Y ambas se miraron Sin decir palabra; Que malos anuncios Son ver en la casa Mariposas negras Rondando una llama.

Recobró la niña Su perdida calma, Y tornose, al punto, Risueña y galana. Con voz temblorosa, La madre exclamaba:

—¡Es negra, hija mía!...

—No, madre, que es blanca.

Lloraba la madre;

La niña cantaba.

III

Lloraba la uñiar:

—¡Mal haya la guerra, Que á recién casadas Sin amor las dejal!

Lloraba la niña Tiranas ausencias ¡En día de bodas A su amor se llevan!

Por esa montaña Se alejó su prenda, Al hombre el mosquete, Y el alma en tinieblas...

Con luto en el alma Quedó también ella: La rinden al sueño Cuidados y penas, Y amor y cuidados

También la despiertan. De la guerra armada Corren malas nuevas...

¡Si en ella habrá muerto Quien la niña espera?

En vano su madre, Con pláticas tiernas, Desechar pretende Su amarga tristeza.

Las dos están solas En la estancia aquella Que un velón alumbraba Con luz soñolienta.

¿Quién duerme con duelos?... ¡Cuidados desvelan! La niña lloraba E hilaba la vieja.

En torno á la llama Del velón, siniestra Leve mariposa Girando aletea.

De pronto la niña Se puso bermeja; Y luego, más pálida Quedó que una muerta.

Su madre, temblando, La dijo risueña:

—Es blanca, hija mía...

—¡No, madre, que es negra!

La niña lloraba E hilaba la vieja, Cuando recios golpes Batieron la puerta.

Un soldado llama; Tristes son las nuevas: ¡No volverá nunca Quien la niña espera!

III

Tal es nuestra vida:

Sonrisas y lágrimas, Alegría y luto, Dudas y esperanzas:

¡Mariposas negras, Mariposas blancas!

JUAN MENÉNDEZ PIDAL.

El reloj del amor

I

El espejo es el acusador más terrible de la mujer, sobre todo de las hijas de Venus: refleja los estragos de su vida licenciosa, las arrugas que contrae la epidermis, el cerco tenebroso que orla las mejillas, el prematuro hundimiento de los ojos que parecen esconderse avergonzados de ser testigos de tanta rijosa complacencia, la reseca de los labios, la pérdida del coral de las encías, la ruina, en fin, del organismo.

Así se veía Amparo, aquella mujer para la cual el amor tranquilo é idealísimo de dos almas que se arrullan como tórtolas fué siempre tema de burlas é ironías.

Y al verse tan vieja, sentía impulsos de romper la luna de azogue que en no muy lejanos tiempos copiaba un irreprochable perfil femenino, turgente, unos ojos borrachos de vida, unos labios de granada abierta, un cuello y unos brazos redondeados como los de la estatuaria griega: una mujer hermosa, con todas las seducciones, con todas las plasticidades de la afrodita.

II

Aquella tarde, Amparo libraba la única y más grande batalla de su vida.

Quería saber positivamente si un hombre correspondería ó no á la pasión que en ella había despertado con las exigencias peregrinas de una pureza envuelta en nimbos del mayor romanticismo.

El corazón de aquella mujer resuecaba para el amor con todas las vehemencias de un tirano proscripto que triunfa y reclama sus derechos.

León acudiría á la cita: llegaría de un momento á otro, pero á Amparo hacíansele siglos los minutos de espera. Paseábase impaciente, nerviosa, de un extremo á otro del lujoso gabinetito de su casa, atestado con prodigalidad de preciosas chucherías y artísticos objetos que harían la delicia del anticuario más exigente en arte retrospectivo: á ratos interrumpía su pasear caprichoso, deteníase delante de cualquier mueble, y luego, vuelta otra vez á medir la estancia con pasos desiguales, asomábase al balcón, y aunque sobre él caía de plano un solazo de Agosto, poníase de bruces sobre la barandilla y miraba á la desierta calle.

Volví á entrar en el gabinete, parábase delante de la espléndida luna biselada de un espejo de pared y parecía quedar satisfecha de sí propia, á juzgar por la sonrisa que dibujaban sus labios ligeramente teñidos de carmín.

—¿Vendrá León?—se preguntaba no sin justificado recelo al recordar lo infructuosas que le resultaron sus argucias para atraer á aquel joven que tan mal correspondía á los halagos de una mujer que padecía hambre de amores... Lo que es ahora estaba segura de triunfar... quemaría hasta el último cartucho en la batalla amorosa y vería á sus piés al enemigo implorando perdón... Y ella... ella le perdonaría estrechándole entre sus brazos como jamás estrechó á ningún hombre.

—¡Dios!... ¡Qué despacio anda ese reloj!—murmuraba mientras que sus piés, calzados en unas primorosas zapatillas turcas, golpeaban impacientes el pavimento.

Hubo un momento en que Amparo sospechó que el dueño de sus afares no acudiría á la cita... Fué el momento más amargo en su azarosa existencia... ¡Ah! La despreciaba porque no era una niña... ¡Gran estúpido! Como si no pudiera ofrecerle todavía sinnúmero de encantos; como si la plasticidad de su cuerpo fuera aún cosa despreciable... ¡Si viniera!...

Estaba decidida á todo: derrocharía con él todas las seducciones, todos los halagos, todas las mimoserías de que es capaz una mujer que ha hecho de la galantería un oficio, le fascinaría y—aunque fuera impropio en hembras de su estofa—le diría con los ojos entornaditos, moribundos de dicha:

—Te amo más que á mi vida. Esto que te digo nace de aquí, de lo más hondo (señalándose el corazón). No veas que quien te habla es una gran infeliz que creyó que el enamorarse era una tontería; no tengas en cuenta mis años: mi cuerpo acaso no será para tí tan mozo, pero dentro de él palpita por tí no sé qué afecto que jamás sentí hacia nadie... Quisiera ser una niña cándida para regalarte todas las inocencias... Lo único que pido de tí es que no me desprecies... Seré tu esclava, besaré donde tú pises, haré lo que tú quieras: seré criminal, seré una santa, seré una mala mujer, lo que á tí se te antoje que sea: eso seré... Habla, te obedeceré sin replica... Tú eres mi señor: yo no soy nada... El tener una vida de lujos y placeres me obligó á mentir á los demás hombres, á tiranizarles... Les conduje á la ruina con refinada crueldad, gozándome de verlos

tan locos y tan fátuos, hechos unos mendigos de su vergonzosa pasión; pero tú, tú eres otra cosa, alma de mi alma: los sentimientos que—sin tú saberlo—me inspiras, me regeneran... Mi corazón es sincero: no te miente. Quiero consagrarme á tí, viviré donde tú vivas, iré adonde tú vayas; lo mismo á un palacio que á un desierto... En mi pasión quiero demostrarte desinteresadas abnegaciones.

Amparo le diría esto, muchísimo más... En la comedia de las pasiones nunca fué más que una vulgar rapsodista; ahora, el demonio de un cariño tardío en manifestarse haríale ser una actriz que siente su papel.

Y al llegar á este capítulo de reflexiones, Amparo dirigía una mirada de odio al reloj de plata y bronce que había en el centro de la tabla de mármol de la chimenea. Aquel reloj era el prólogo en su vida alegre. Se lo regaló su primer amante: un hombre de muy buen gusto artístico... El reloj representaba el globo terráqueo sostenido por ninfas y coronado por un Cupido, que en el polo norte de aquel mundo de metal cantaba con cadenciosos sonnes las horas esmaltadas sobre su meridiano.

Amparo llamaba á esta joya *El reloj del Amor*.



¡COMO GOZO!

¡Cuántas horas de deleite marcó su manecilla!
—El es—exclamó palmoteando loca de contento al escuchar el timbre.

E impulsada por su ansia febril salió al encuentro de León.

III

Anochece.

Amparo se encuentra de pie, junto á la chimenea del gabinetito.

León acaba de marcharse.

—¡Ese hombre es de hielo!... ¡No me quiere, no me querrá nunca!—gimotea con hipo de llanto.—Me encuentra acaso muy vieja... muy fea... ¡Todo ha sido inútil!... ¡No volverá más!...

Y llora: sus lágrimas resbalan por la pintura rosa de sus mejillas; al caer al suelo caen rojas como si fueran de sangre.

¡Cosa digna de lástima!

—Todo inútil—repite con tristeza.

Y dirige una mirada de mudo reproche hacia el reloj, que parece respetar la pena de Amparo; el isócrono tic-tac de su péndulo ha enmudecido.

La mujer nota esto: quédase pensativa, y como si respondiese á una consideración que le punza el alma hasta lo infinito de una pena irremediable, murmura amargamente:

—¡Se ha parado para siempre el reloj del amor!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

La Promesa

I

Salíme de la ciudad por ver sus alrededores, cuando vino en mi paseo á sorprenderme la noche. Tranquila cerró y serena, y la luna, entre girones de tul blanquecino y negro, velaba sus resplandores. Divisé por mi camino una gigantesca mole, que por guardianes tenía altas y caladas torres. Adornaban sus ventanas cristales de mil colores, con marco de caprichosos calados y rosetones, cuyas oscuras siluetas destacaban los fulgores de la roja luz que ardía bajo las naves enormes. De pronto, de las campanas solemne el tañido oyóse, con cuyo son se mezclaron del órgano los acordes. Entro y hermoso espectáculo me sorprende y sobrecoge: al cielo un pueblo de hinojos eleva sus oraciones y se unen allí con ellas los cánticos de los monjes. —¿Por qué es esta fiesta, amigo?—le digo al entrar á un hombre, el cual, dejando sus rezos, de buen grado me responde: —Una hermandad es, señor, quien esta fiesta dispone, al dejar aquí instalada la Virgen de los Dolores. Vedla en el altar; ¡que hermosa! ¿Quién habrá que no la adore? Diríase que contenta Nuestras plegarias acoge.—Lució en efecto, en la imagen diestro pincel sus primores; mas no la celeste musa de Fra Angélico inspiróle; que una mujer con tal cara hiciera morir de amores y á cualquiera inspiraría más requiebros que oraciones.

II

Era Conrado, el pintor, un galán de los mejores. A la encantadora Rosa íbale muy bien su nombre. Una vez estaban juntos hablando de sus amores: —¿Me quieres?

—Más que á mi vida.

—Quiero una prueba.

—Pues ponme

en ocasión para ello.

—No fuera mérito entonces

—Una he de darte.

—¿Cuál es?

—Una que acaso te importe más que piensas. Las mujeres su mayor ventura ponen en ser adoradas; pues yo sabré hacer que los hombres de rodillas ante tí, sin darme celos, te adoren.

III

Cumplió el pintor su promesa pues, por seguros informes, sé que es retrato de Rosa la Virgen de los Dolores.

JOSÉ ESTREMEIRA.



